

Lo que quieren Que Haga

—*Por favor, dejad de pelear, los dos... No quiero que discutáis por mí.*

Incluso yo pude captar la indirecta que Serizawa intentaba lanzarnos con otra de sus canciones pop antiguas completamente fuera de lugar.

—¡Qué canción tan estúpida! —dice Tamaki desde el asiento delantero.

Estoy de acuerdo. No necesito sus consejos.

—¿En serio? Pero la elegí especialmente para ti —responde Serizawa, visiblemente decepcionado.

El descapotable rojo avanza por una tranquila carretera rural entre un dique y campos de cultivo.

Apenas nos cruzamos con gente caminando o conduciendo.

—Lo siento, es culpa mía por jugar con vuestros corazones.

Durante un rato, Serizawa canta junto con la melodía nostálgica, que me resulta vagamente familiar.

Luego me lanza una mirada por el retrovisor.

—¿A que este coche es genial cuando hace buen tiempo?

—.....

Lo ignoro y muerdo el enorme sándwich de crema que sostengo con ambas manos.

De repente me entró hambre en el área de descanso y compré el sándwich junto con un cartón de leche.

Me lleno la boca con el pan suave y lo acompaño con un trago.

Está tan delicioso que casi puedo sentir cómo mis células celebran la dulzura.



Tamaki no ha dicho ni una palabra, obviamente por la incomodidad.

Pero después de nuestra pelea en el aparcamiento, siento que algo ha cambiado.

Serizawa tiene razón: se siente bien ir en el descapotable ahora que ha dejado de llover.

El cielo y las nubes parecen más brillantes, como si hubieran cambiado el marco de una vieja fotografía.

Respiro con más facilidad, como si hubiera más oxígeno en el aire.

—Vaya, parece que hay nubes de tormenta aquí dentro —dice Serizawa, sonriendo un poco mientras nos mira a Tamaki y a mí—. Apuesto a que el nuevo está de acuerdo.

Mira por el retrovisor.

El gato negro ronronea mientras lame el pelaje del gatito blanco.

Es lo bastante grande como para ocupar uno de los asientos traseros por sí solo.



—Nunca pensé que habría otro... y es enorme —dice divertido.

—¡Mira, un arcoíris! ¡Eso es una buena señal!

Tiene razón: un gran arcoíris se extiende por el cielo frente a nosotros.

Estoy impresionada, pero no digo nada. Tamaki tampoco.

“...Y la multitud permanece en silencio,” dice Serizawa, sin que parezca que le importe. Se lleva un cigarrillo a la boca y lo enciende.

—Suzume, estaba pensando... —dice con naturalidad, exhalando humo—. Los gatos no siguen a las personas sin una razón, ¿verdad?

Quiero decir, no son como los perros.

Eso podría ser cierto. Podría serlo, pero ahora mismo me intriga más la capacidad de Serizawa para continuar esta conversación unilateral.

Quiero decir, Tamaki y yo no hemos intercambiado una sola palabra durante las ocho horas de viaje desde Tokio, sin contar la parada de descanso.

—Creo que esos dos deben tener algo que realmente quieren que hagas. ¿No lo crees?

—Exactamente —dice una voz infantil.

Los tres nos giramos para mirar al gato negro sentado a mi lado.

Sadaijin ha levantado la cabeza y está mirando a Serizawa con sus ojos verdes. Luego, lentamente, dirige su mirada hacia mí. Hay una inteligencia cristalina en esos ojos.

—Devuélvenos con tus manos humanas.

—¡E-ese gato acaba de hablar! —exclaman Serizawa y Tamaki al unísono.

Justo entonces, un camión se abalanza sobre el descapotable, que se ha desviado sobre la línea central. El conductor toca la bocina sorprendido.



—¡Waaah!

Todos gritamos mientras Serizawa gira bruscamente a la izquierda. Los frenos del camión chirrían y nos roza al pasar.

Nuestro coche gira una vez, se estrella con el parachoques contra la vegetación en lo alto de un terraplén y se detiene. Justo cuando pienso, *Eso estuvo cerca*, las ruedas delanteras pasan por encima de las malas hierbas del borde.

—¿Eh?

El coche avanza lentamente, inclinándose por el lateral del terraplén.

—¡Eh, eh, eh!

Serizawa cambia frenéticamente a reversa y pisa el acelerador, pero el coche sigue inclinándose hacia adelante. Las ruedas traseras están flotando en el aire.

—¡Oh no, no, no...!

El coche está completamente fuera de la carretera ahora, deslizándose lentamente por la empinada pendiente de tres metros cubierta de maleza. Las ruedas giran hacia atrás, raspando en vano la vegetación mientras el coche sigue deslizándose. Finalmente, la parte delantera choca contra el suelo con un golpe sordo. Se oye un fuerte sonido de aire al salir cuando se inflan los airbags del conductor y del pasajero. Tamaki y Serizawa miran atónitos. Escucho el zumbido del motor detrás de mi espalda y me doy la vuelta para ver el maletero abriéndose y el techo plegado saliendo. Se desliza hacia adelante, se separa en dos y cubre nuestras cabezas, esta vez por completo.

—Se arregló solo —dice Serizawa distraídamente y tira del tirador de su puerta. La gravedad se la arranca de la mano, y cuando la puerta se abre por completo, rebota ligeramente antes de desprenderse con un estruendo y caer al suelo. El sonido seco del espejo al romperse resuena sobre los tranquilos arrozales.

—...Tienes que estar bromeando —murmura con voz plana.

Y así, después de llevarnos seiscientos kilómetros desde Tokio, el querido coche de Serizawa se queda en silencio justo antes de llegar a su destino. En algún lugar cercano, un pájaro canta alegremente.

* * *

Mientras saco el pulgar intentando hacer autostop, los dos adultos están de pie sobre una franja de hierba junto a un arrozal al pie del terraplén, aún mirando atónitos el coche que ahora está inclinado a cuarenta grados contra la pendiente.



—¡Ha sido aterrador! Y ese gato... —dice Tamaki a Serizawa en voz baja, apartando finalmente la vista del coche—. ¿Lo oíste hablar?

Serizawa, que ha estado asimilando el triste destino de su querido coche, vuelve en sí al oír la voz de Tamaki y se gira hacia ella.

—¿Tú también lo oíste? —responde en un susurro.

—¡Sí! Eso significa que el gatito también hablaba, en la estación, cuando dijo: “Silencio”.

—¡Tienes razón! ¿Crees que están poseídos? ¿O que son psíquicos o algo así?

—No digas tonterías...

Mientras tanto, no tengo nada de suerte haciendo autostop. La carretera es tan estrecha que apenas pueden pasar dos coches sin rozarse, y lo único que se ve son arrozales llenos de agua. Los postes eléctricos marcan la carretera a intervalos regulares hasta donde alcanza la vista. Después de un buen rato, se acerca una furgoneta, pero pasa de largo sin inmutarse ante mi mano alzada. Puedo ver claramente al conductor —un hombre de mediana edad con gorra de trabajo— fruncir el ceño al verme. No sé si es porque parezco demasiado desesperado, o porque hay un enorme gato negro a mi lado, o ambas cosas, pero decido que sonreiré alegremente cuando pase el próximo coche. Sin embargo, después de cinco minutos más, la carretera sigue vacía. Grito hacia el fondo del terraplén:

—Serizawa, ¿estamos a unos diez kilómetros, verdad?

No puedo quedarme aquí más tiempo. Serizawa se mete en el coche sin puerta, consulta el sistema de navegación y me grita:

—¡Según esto, son más bien veinte! ¡Todavía queda bastante!

—¡Voy andando! ¡Gracias, Serizawa! ¡Gracias, Tamaki! ¡Os agradezco que me hayáis traído hasta aquí! —grito.

Luego echo a correr. Puedo oírles gritarme sorprendidos.



Pero no está tan lejos como para que no pueda correr. El gato negro me sigue con Daijin en la boca. No sé qué son ni qué quieren, pero su presencia constante empieza a tranquilizarme.

❖ ❖ ❖

—¿Va a correr hasta allí? ¿En serio?

Los adultos se quedan boquiabiertos mientras desaparezco en la distancia. Tamaki me contó después que, al verme correr por la carretera sin mirar atrás, tomó una decisión. Mira a su alrededor como si la hubieran despertado de golpe, localiza una bicicleta enterrada entre las malas hierbas y corre hacia ella.

—¿Qué haces? —pregunta Serizawa, pero ella lo ignora mientras saca la bicicleta. Levanta el cuadro oxidado con ambas manos y lo pone en pie. Es una bicicleta amarilla con cesta, y está sin candado. Milagrosamente, los neumáticos están inflados.

—¡Serizawa, voy tras ella! —grita, agarrando el manillar y empujando la bici por el terraplén.

—¿¡Qué dices!?

—¡Gracias por traerme hasta aquí! —coloca la bici en la carretera y se sube.

—¡Espera!

—¡Creo que podrías ser un buen profesor después de todo! —grita mientras empieza a pedalear.

—¡Un momento...!

Cuando llega a lo alto del terraplén, Serizawa me ve corriendo a lo lejos con el gato, y a Tamaki siguiéndonos en bicicleta. Finalmente, giramos en una curva y desaparecemos bajo la sombra de unos árboles.

—¿Qué les pasa a esas dos? —murmura con las manos en la cintura. Mira por encima del hombro a su querido Alfa Romeo rojo, que le costó una buena parte de sus ahorros. El coche parece devolverle una mirada compasiva desde el fondo del terraplén. — ¿En serio, qué les pasa? —le dice al coche.



Nos llevó durante ocho horas y hasta eligió música que pensó que Tamaki podría reconocer para animar el ambiente. Y ahora su coche está destrozado, y para colmo, lo han abandonado. Esa tía melancólica y su sobrina melancólica se fueron sin siquiera mirarlo una vez más.

De repente, una carcajada le brota del estómago. Al salir por su garganta, empieza a sentirse completamente ridículo.

—¡Ja-ja-ja-ja...!

Casi se siente renovado. Después de reír un rato, mira al cielo y respira profundamente el aire verde. Las palabras le vienen a la mente, y las deja salir por la boca.

—¡Souta, suertudo!

Supongo que ya cumplí mi propósito, piensa Serizawa, aunque no sabe de dónde viene ese pensamiento. Supongo que puedo dejar el resto en manos de Suzume. Y Suzume tiene a su tía sobreprotectora y a esos dos gatos raros con ella. Sí, estará bien. Mejor vuelvo a mi propia vida—especialmente ahora que tengo la aprobación de Tamaki.



Saca un cigarrillo aplastado del bolsillo y lo enciende. Nunca le ha gustado mucho su sabor, pero este cigarrillo en particular le llena todo el cuerpo con una sensación de logro como nunca antes había experimentado.

❖ ❖ ❖

—Súbete —dice Tamaki. Cuando lo hago, pedalea sin decir una palabra.

La hierba de las pampas crece alta a ambos lados de la estrecha carretera, con solo la línea ininterrumpida de postes eléctricos guiándonos hacia la distancia. Los insectos vespertinos nos rodean con sus cantos. El sol de septiembre se inclina bajo en el cielo, iluminando el mundo desde nuestra izquierda.

Observo la espalda de Tamaki mientras pedalea y pedalea. Es un poco más pequeña de lo que recordaba. Su camiseta blanca

está pegada a la piel por el sudor; grandes gotas le resbalan por el cuello en un flujo constante.

—...¿Tamaki? —digo suavemente. No entiendo por qué pedalea tan frenéticamente.

—Lo que sea —murmura entre jadeos—. ¿Qué? —Quieres ir con tu novio, ¿verdad?

—¿¡Qué!?

—Hay muchas cosas que no entiendo, pero en resumen, te enamoraste, ¿no?

—¿Qué? ¡No, para nada! ¡No estoy enamorada de él! —grito a la parte trasera de su cuello, completamente sorprendida. La oigo reír. Claramente no tiene ni idea de lo que está pasando. Siento cómo se me sonroja la cara hasta las orejas.

—Por cierto, ¿qué pasa con estos gatos? —pregunta casualmente. El negro ha sido metido a la fuerza en la cesta delantera, y Daijin está apretado entre sus patas delanteras y la pared de la cesta.

—Eh...

Me doy cuenta tarde de que vio a ambos gatos hablar.

—Eh... He oído que son como dioses —recordando algo que dijo Souta, añado—: ¿Caprichosos?

—¿Dioses caprichosos? ¿De qué estás hablando?

Tamaki estalla en carcajadas. Por un momento, suena feliz. Es una reacción natural. Yo también me río—como si no lo hubiera hecho en años. De repente me pregunto si la razón por la que apareció Sadaijin fue para que las dos nos riéramos juntas. Nuestras sombras se alargan oscuras sobre el suelo a nuestra derecha, temblando con nuestra risa.

—Oye —dice Tamaki de repente, aún mirando hacia adelante—. Aquellas cosas que dije en el aparcamiento...

La miro. El viento agita su pelo corto, húmedo por el sudor. Por primera vez, noto algunos cabellos blancos entre los negros.



—He tenido esos pensamientos... pero no es toda la historia.

—Lo sé.

—No son mis únicos sentimientos, en absoluto.

Me río un poco, solo aire escapando de mis labios.

—...Yo también. Lo siento, Tamaki.

Pongo mi mano sobre su hombro sudado y apoyo mi mejilla contra la nuca. Huele a ella—ese aroma a sol que siempre me ha hecho sentir segura. Me encanta ese olor.

—Volver a casa después de doce años, ¿eh? —dice.

Asiento sin decir nada. A lo lejos, vislumbro un malecón gris.

